

MI TREN

Empezaba con el golpe, en seguida venía el ruido. Con el golpe el primero en saltar y algunas veces caer de la cama era yo. Conmigo saltaba todo: frascos de suero, medicinas, el baumanómetro, las botellas de refresco, las sillas para los pacientes, la libreta donde anotaba entradas y salidas de medicamentos, consultas y horarios; los sartenes, el aceite para cocinar, las verduras y frutas, la olla para cocer. El ruido se producía por el choque y por la caída de todo lo anterior.

Acto seguido mi trabajo consistía en levantar todo del suelo, quitar los vidrios de los frascos que se rompían. Ya hecho todo esto quedaba sólo pasar la jerga para quitar los líquidos derramados.

Cuando esto sucedía de día no era tan trágico pues daba tiempo a acomodar mucho de lo que se podía caer. De noche se volvía una experiencia terrible. Yo profundamente dormido era despertado por un fuerte trancazo. Primero el enorme susto, y después las maniobras de limpieza que tenía que hacer.

En ningún caso se me avisaba de que esto iba a suceder y menos la hora del golpe.

Y esto se repetía cada dos o tres noches. Muy ocasionalmente ocurría en la mañana o en la tarde. Ni por la frecuencia del hecho lograba yo acostumbrarme. Por supuesto que todo lo ponía lo suficientemente seguro para que nada se cayera, algo inevitable confirmé con el tiempo. El golpetazo era tremendo y con él se zafaban los frascos que tenía atados a los estantes.

No crean que no reclamé. Lo hice varias veces. Explicaba que no era posible que se perdieran tantos medicamentos cada vez que me golpeaban, que yo ya me estaba volviendo loco porque después del golpe ya no podía

dormir. Todo de balde. Es más, hasta hice un oficio que envié a las altas autoridades para que esto no siguiera sucediendo. No me contestaron nada.

Por otro lado no tenía a alguien particular a quien acusar. Unas veces el que me aventaba contra la cabecera de mi lecho era uno, otras veces otro. Nunca el mismo. Eso sí, todos igual de salvajes. Así les decía yo al reclamar: “Son todos ustedes unos salvajes” Ellos se reían y me invitaban a tomar una cerveza que yo siempre acababa por aceptar pues el calor me derretía. El lugar se convirtió en un infierno para mí y todos ellos en los diablos. Yo, por supuesto, la víctima. Para compensarme me invitaban a viajar un rato en la máquina de vapor. Para mí eso fue realizar un sueño de niño.

Corrían los años sesentas. Todos cantábamos “El Reloj” de Cantoral o “La Hiedra” de origen italiano. En el cine seguía deslumbrándonos con su belleza María Félix y nos reíamos con Tin tan y Cantinflas. Pagábamos cuatro pesos en los cines de primera y dos o menos pesos en los demás. En teatro se pagaba la cantidad, enorme para esa época, de doce pesos. Yo trabajaba como médico en Emergencias del Hospital Colonia de los Ferrocarrileros.

La orden fue terminante: Debe usted presentarse en San Luis Potosí para hacerse cargo del primer vagón médico de los Ferrocarriles en día tantos de tantos. Firmado por el director del Hospital. Nada de preguntarme si quería o podía ir. Reclamé. Y aquí entre nos, toda la vida me la he pasado reclamando y jamás les han hecho el menor caso a mis reclamaciones. Pero lo sigo haciendo.

El médico que había sido asignado para inaugurar y trabajar se dio de baja cinco días antes de ponerse en servicio. Por eso la prisa por mandarme. Así como fui yo pudo haber ido otro. Yo no tenía nada especial para que me escogieran, sólo el hecho de trabajar en Emergencia.

Yo de bata blanca y lentes gruesos, el Secretario General del Sindicato, Luis Gómez Z. de traje, los directivos de Ferrocarriles también vestían traje y corbata. el gobernador de San Luis Potosí presente. Todos muy serios, de pie frente al vagón médico. Así salió la foto que publicó Excelsior en primera plana al día siguiente del estreno del tren médico, mi tren, como yo lo nombré. Ellos lo nombraron Servicio Médico Ambulante de Ferrocarriles.

Y ahí en la estación el vagón me pareció una maravilla. Estaba dividido en tres partes. La de la derecha mi cuarto habitación con su cocineta y baño. La parte central la sala de espera y registro de pacientes. La parte izquierda el consultorio con su mesa de exploración, su lavabo, sus anaqueles con medicamentos. Nada faltaba. En la parte alta, por fuera, el tinaco con agua que me iba a permitir cocinar, lavar y bañarme. Y sobre todo estaba algo que no se veía. ¡La aventura!

Ya me veía yo viajando por todo el país, conociendo pueblos, sitios arqueológicos, bellezas naturales, mercados, iglesias. La fotografía de Figueroa en las películas mexicanas con sus nubes fantásticas y cactus por todos lados me hacían esperar lo máximo de mis viajes. Y por supuesto no faltaba el tinte romántico: tener una novia en cada estación de tren. Cientos de novias que me esperarían con su itacate de comida. Algunas de ellas, las más modernas o las más aventadas, como dicen ahora, viajaría conmigo unos días o unas horas. Soñando en esto compré un florero que puse en la sala de espera. Claveles rojos fue la flor escogida por mí para estrenarlo. En la noche, con el golpe, el florero salió volando para estrellarse después en el piso.

Ya para partir para mi primer viaje fui instruido por un médico de San Luis Potosí de mis deberes y obligaciones. Nunca de mis derechos. Tenía que dar consulta a todo el que la solicitara, fuera o no derechohabiente de ferrocarriles. A todos los tenía que anotar en una libreta

gigantesca que me dieron, anotando fecha, diagnóstico y medicamentos que entregaba. ¿Y las comidas? Pregunté. Ahí tienes una cocineta para que te las hagas. No sé cocinar, dije. Ya aprenderás, me contestaron. ¿Y mi sueldo? Tus cuatrocientos pesos se te pagarán cada mes. ¿Y si me pasa algo, si me falta algo, si me enfermo? Alguien nos avisará. ¡Qué tengas buen viaje! Ah, otra cosa que no te he dicho, el tren te llevará a las estaciones, llegando a ellas te desenganchará y otro tren te volverá a enganchar después para ir a otro lado. Diciendo esto último desapareció de mi vista.

Y ahí voy. Todos los que me acompañaron a la inauguración me dijeron adiós con la mano, alguna mujer arrojó flores y en minutos todo desapareció. Ahí estaba el campo, no el que retrataba Figueroa, sino un campo sin árboles, árido, con alguna casucha de madera o cartón. El cielo sin nubes era azul profundo. Lo único bello.

Al mediodía traté de hacerme un par de huevos estrellados. Terminaron en revueltos pues se me reventó la yema. Eso comí con mucho apetito. En la noche me hice otros. Los huevos fueron mi alimento principal por muchos días. En alguna estación lograba comprar tortillas o alguna fruta. Pero nada más. De beber: refrescos y alguna cerveza que me invitaban los maquinistas.

La desenganchada para dejarme en mi primer estación casi ni la sentí. Minutos después vi como se alejó el tren y yo me quedé parado en las vías. Abrí la puerta del consultorio y me puse a esperar la clientela. Llegaron algunos niños con sus mamás y abuelas, alguna mujer embarazada, un alcohólico que me pedía alcohol natural para echárselo a su refresco y nada más. El segundo día lo mismo. Ninguna emergencia. Todo sencillo, fácil.

A las dos de la mañana fue mi primer golpe al enganchar mi vagón a otro tren. Lógicamente no estaba preparado. Se rompieron muchos frascos,

casi todo terminó en el piso. Yo asustado iba de un lado a otro mientras que mi vagón tomaba velocidad al ser arrastrado por la máquina.

Mi agua, la del tinaco, empezó el quinto día a ponerse de color café por el polvo que se le metía. Y no sólo el agua. Todo se cubrió de café, café claro. A la primera capa que yo sacudí en vano, se agregó una segunda, una tercera y así capa sobre capa hasta formar una superficie rugosa en todos los muebles, en todas las cosas. Arena seca. Kilos de arena, toneladas de arena.

¿Qué si conocía la pobreza? Yo digo que sí, al hospital llegaban gentes pobres, en la ciudad de México veía a muchos pidiendo limosna. Además había leído muchos libros sobre eso. La pobreza del mundo. Pero nada era igual a lo que veía con mis propios ojos. Esta sí era pobreza, pobreza de todo: de comida, de ropa, de habitación y sobre todo pobreza de agua.

Las muchachas, la que en sueños me iban a traer comida a las estaciones esperando con paciencia mi llegada, eran todas delgadas, pálidas, con la piel seca y partida y no traían comida: tacos, enchiladas, tostadas de pollo, tinga, frijolitos refritos, elotes tiernos recién hervidos. No, lo que traían en las manos eran botellas vacías, frascos de todo tipo, cubetas pequeñas y grandes. Y no sólo ellas las traían. Las traían todos: viejos y viejas, señores, mujeres embarazadas, niños. Ninguno venía a consulta o casi ninguno, todos se acercaban para pedirme agua, agua de mi tren. Está con polvo les decía, ya no sirve para beber. No importa, me suplicaban, deme un poco de ella. Y yo al ver la sed reflejada en sus ojos muertos, en sus lenguas secas, en su suciedad les daba la que tenía. Para los niños regalaba los sueros. No era nada. Me enteré que muchos de estos solicitantes caminaban kilómetros para conseguir su cubeta o su botella. Dejé de bañarme. ¿Cómo iba a bañarme y desperdiciar el agua que tanto necesitaban? La di toda.

Mi primer regreso a la ciudad de San Luis para dar un parte de mi trabajo y surtirme de medicamentos me sirvió para meterme durante dos horas en una tina con agua. Jamás otro baño me ha dado tanto placer como ése.

En las oficinas fui regañado por utilizar tanto suero. Terminé por confesar que lo regalé como agua de beber. Me prohibieron hacerlo. Eso cuesta mucho y no va a tener cuando necesite, me explicaron. Pedí otro tinaco para mi tren. Imposible, me dijeron. Ya el vagón está diseñado así.

Y nuevamente al campo, a sentir y sufrir la pobreza de los demás, a tratar de remediarla con lo más indispensable, con mi poca agua que valía más que cualquier dinero.

Entre golpe y golpe de tren, en la suciedad por no querer utilizar el agua para bañarme, en la impotencia al ver tanta pobreza y en la satisfacción de poder dar algo de mí a los demás transcurrieron cuatro meses.

Así como me trajeron, un día me dieron la orden de volver al Hospital Colonia. ¿Y mi tren, mi vagón, la gente que me espera para que les de agua? Pregunté. Se terminó, me contestaron. No funcionó el vagón como pensábamos. Vamos a cambiar de estrategia. Llegaremos a los lugares por carretera.

Jamás se volvió a fabricar un vagón médico y es una lástima. Muchos de los pueblos que visité no tenían otro acceso al mundo que no fuera por el ferrocarril.

De las experiencias más fuertes de mi vida, ahora que voy a cumplir mis setenta y cinco años de edad, la que me proporcionó el tren, fue una de las más intensas y más gratificantes. Durante muchos años extrañé el ser despertado por un golpe fuerte y la caída de frascos. Ahora sólo me queda ser enganchado en el tren de la muerte y ése creo que no hace tanto ruido.

Tomás Urtusástegui

México D.F. Agosto 2007

Teléfono: 56 61 40 03

Mail: urtusastegui@cablevision.net.mx

Dirección: Manuel M. Ponce 210-A

Col. Guadalupe Inn

Delegación Alvaro Obregón.

México D.F.

C.P. 01020